

LA ACADEMIA CALASANCIA

Fundador: Rdm. P. Eduardo Llanas, escolapio

BALMES

I

L día 10 de agosto próximo cumplirá el centenario del natalicio de Balmes. Está corriendo el qué, con muy buen acuerdo, se ha llamado año balmesiano, y hay que hablar del insigne filósofo vicense. Hablar de Balmes es muy expuesto á incurrir en el vulgarismo ó la trivialidad: algo así como descubrir Londres ó el Mediterráneo. Se puede hablar de Santo Tomás ó de Hegel—después de haber hecho sobre sus obras serios estudios—sin miedo á ser tenido por ridículo pedante, y no se puede hablar de Balmes, sin correr este grave riesgo. Y es que ni Santo Tomás ni Hegel son del dominio común de las gentes, ni aún de la mayoría de los que se tienen por intelectuales—lo cual no obstará para que los más avanzados de entre éstos proclamen la infalibilidad del autor de la *Estética*, sin necesidad de haber leído cosa suya, y llamen necio y *retardatario* á quien sostenga, conscientemente, que el pensador alemán no fué más que un ingeniosísimo paradojólogo;—pero tratándose de Balmes, ya es otro cantar. ¿Quién no ha oído nombrar á Balmes? ¿Quién no le conoce?

Sin ánimo de descubrir á Balmes—¿á qué descubrir?—he de expresar sinceramente sobre el particular algunas dudas. Que todo el mundo ha oído hablar de Balmes—incluso Pompeyo Gener—cosa es que no admite reparo. Balmes murió joven, pero en su aprovechada vida gozó la gloria del propio valer; su nombre fué el más sonado en toda España y uno de los más encumbrados en el extranjero; sus obras eran devoradas en el idioma original y traducidas á los de las naciones más cultas, y hace 70 años que sin cesar se las está reimprimiendo; la fama del autor ha llegado hasta nosotros con los prestigios que hubieron de reconocerle sus contemporáneos, y su influencia ideológica adquiere nuevo robustecimiento, al aproximarse el día conmemorativo del providencial natalicio del filósofo cristiano. Se comprende que hasta los analfabetos y los alumnos de las escuelas laicas—muy inferiores á los analfabetos—hayan oído hablar de Balmes.

Pero de aquí á conocerle ¡qué inmensa distancia! En tiempos en

que todos somos llamados á hablar de todo, si ciertos «superhombres» hubiesen *oído* menos cosas no dirían tantos disparates como flotan en el espacio de la intelectualidad, con patente de monoplaneo de poco vuelo. Se habla mucho de Balmes, pero se le conoce poco ó nada. Si se le conociera á fondo, la mentalidad social-religiosa de los elementos de la derecha sería mucho más elevada, amplia y segura de lo que revela el quejumbroso apocamiento de que adolecen en las circunstancias presentes, cuyas dificultades dependen más de la ausencia de visualidad y decisión en los buenos, que de la osadía de los malos, con ser tanta y apoyarse en la benevolencia oficial hasta un punto inconcebible; y los de la izquierda no perderían el sentido común tras la obsesión por Nietzsche.

II

Para conocer á Balmes no hay como seguir este consejo: leer sus obras. Esto parece una vulgaridad de á folio, y sin embargo, no podríamos decir lo mismo de la mayoría de los filósofos que han legado su nombre á la historia de las ideas. Hegel, en un raptó de sinceridad, dijo de sí propio: «No hay más que un hombre que me haya comprendido, y aun éste no me ha comprendido». Muchos son los que también resultan incomprensibles hasta para sus predilectos discípulos, lo cual no obsta para que éstos glosen sus doctrinas con aire de suficiencia, y así se explica que el error adquiera tantas y tan variadas ramificaciones.

Balmes, en sus *Cartas á un escéptico*, previno el contagio de ese grave mal entre la juventud, exclamando: «No os dejéis deslumbrar por los vanos títulos con que se adornan los diferentes sistemas, ni os abandonéis á supersticiosas creencias con respecto á los pretendidos misterios de la filosofía alemana, *ni toméis por profundidad de ciencia la obscuridad de lenguaje*». Y el filósofo catalán, consecuente con sus principios, escribía sobre las materias más formidables, sin echar nunca en olvido «que la sencillez—como él mismo decía—es el carácter de la verdad».

Balmes miró á la verdad cara á cara, sin soberbia, pero sin miedo; escudriñó sus recónditos secretos y los anunció al mundo, como los apóstoles, en diversidad de lenguas, esto es, con modalidades acomodadas á todas las gradaciones de la humana mentalidad. Por esto Balmes, con ocupar una de las contadas cimas de la idealidad mundial, es el más amable y asequible de los grandes pensadores, porque si el hombre profundamente reflexivo puede solazarse ahondando en los escarceos de la *Filosofía fundamental* (en la que ya se preconiza la necesidad de la síntesis psico-física para las determinaciones de la ciencia psicológica); si el erudito puede á su sabor admirar el colosal esfuerzo que representa *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*, y el propagandista orientarse y acumular materiales para la polémica al día en los escritos de actualidad (actualidad que persiste en el tiempo presente) reunidos en los tomos que se titulan *Mis-*

celánea y *La Sociedad*, también los hombres más sencillos entre los que sepan leer podrán ilustrarse en las verdades fundamentales de nuestra existencia y en lo que constituye el plan general de nuestra Religión, con sólo pasar atentamente la vista por las páginas de las tan profundas como amenas *Cartas á un escéptico*; y todos, todos tendrán que proclamar la original grandeza de ese libro único, conocido por *El Criterio*, del cual, en efecto, puede decirse que basta por sí solo para la formación interior del hombre. Y hay tal sinceridad, tanta fidelidad en la exteriorización del pensamiento, que la personalidad de Balmes queda perfectamente retratada en sus obras. Fué el gran filósofo un hombre de acendrada fe y pensador esclavo de la realidad, y en sus libros el mundo de las ideas y el mundo de las creencias se presuponen y se completan de tal manera que la verdad aparece refulgente en una síntesis grandiosa, por la cual se explica el hombre la razón de ser de su personalidad.

III

Balmes dijo: «También los católicos examinamos, también dudamos, también nos engolfamos en el piélago de las investigaciones; pero no dejamos la brújula de la mano, es decir, la fe, porque así en la luz del día como en las tinieblas de la noche queremos saber dónde está el polo, para dirigir, cual conviene, nuestro rumbo». Es una bella fórmula de procedimiento para la filosofía cristiana y una segura garantía de ecuanimidad. La ecuanimidad es cualidad sobresaliente en Balmes, quien con una gran videncia y una perspicacia exquisita distingue el objeto, lo desbroza y sabe presentarlo tal cual es, sin que ofusquen su mente influencias ajenas al descubrimiento de la verdad.

Balmes no se dejó llevar de apasionamiento alguno. Por esto, habiendo sido un propagandista constante y un polemista infatigable, fué siempre un pensador equilibrado, sin asomos de radicalismo. El radicalismo es como el caballo de Atila: pasajero, mas profundamente destructor; y Balmes no se proponía realizar una obra fugaz ni destructora, sino edificar una obra estable y fecunda. Por esto nunca enseñó que debiera combatirse el radicalismo de los malos con una identidad de procedimientos por parte de los buenos, y no acuñó á la negación, sino á una afirmación suprema, cuando aseguraba que era necesario ahogar el mal con la abundancia del bien. No descendía al nivel de sus adversarios con la adopción de los procedimientos de éstos, y á las osadías de la maldad oponía una mayor dosis de cristianismo. En una época tan turbulenta como la en que vivió, nunca sintió desmayos que dicen mal con el valor cristiano; sustentó la verdad sin vacilaciones, en vez de lamentarse como una plañidera ó de apostrofar estérilmente; abrigó siempre una inquebrantable esperanza en el triunfo definitivo de la idea cristiana, y preconizó la superioridad de los tiempos presentes sobre los anteriores, «considerando á las sociedades humanas en general y prescin-

diendo de dolorosas excepciones que por necesidad deberán ser pasajeras».

Mucho, muchísimo tenemos que aprender en Balmes, filósofo cristiano dotado de un gran humanismo y reivindicador del «sentido común» como base de las operaciones intelectivas. Grandes y cultísimos festejos se preparan en su ciudad natal para solemnizar el centenario del pensador insigne, y cooperando á ellos, haremos algo en loor de nuestra Patria; pero nadie dude que la mejor manera de honrar á Balmes consiste en conocer bien su obra y hacer aplicación de sus doctrinas á las necesidades—tan apremiantes—del tiempo que hemos alcanzado.

JUAN BURGADA Y JULIÁ

Académico Honorario

UN ARTÍCULO DE D. DALMACIO IGLESIAS

Examinando serenamente los caracteres que revisten los azares por que pasa la relación de las ideas en los momentos actuales, nos encontramos con dos órganos de producción y dos medios contrarios de propagación.

Todo puede sintetizarse en la lucha entre dos elementos radicalmente opuestos: la Iglesia y el laicismo. He ahí los dos órganos de producción.

Nada más provechoso, nada más cívico, ejemplar y educativo que la lucha por las ideas cuando se manifiesta serena y con convicción, libre de toda clase de prejuicios. La idealidad, esencia de las luchas del espíritu, es algo demasiado elevado para poder manifestarse en formas inciviles, en ataques personales, en hediondeces que sólo indican un interés material, una desconfianza en las propias fuerzas, la ignorancia de los deberes sociales más elementales y la carencia absoluta de convicciones.

Y un argumento de fuerza, un motivo de esperanza que nos alienta, vemos nosotros en el hecho de que mientras las invectivas de los laicos han adolecido siempre de los defectos que forzosamente deben provenir de la falsedad de sus ideas, los católicos insultados, los católicos calumniados, los católicos provocados moral y materialmente, aun en sus mismas casas, no han traspasado jamás los límites que les marcan la legalidad y los deberes del respeto mutuo.

Empero, sin faltar ni desviarse de estas normas precisa una expansión en la propaganda de nuestros principios, vigorosa en la forma y firme y perpetua en el fondo. Si nuestra dignidad, al ser debidamente apreciada, nos coloca dentro de la legalidad, por nuestros deberes cívicos, por patriotismo y por caridad, venimos obligados á exigir el cumplimiento de las leyes á nuestros detractores. Por esto LA ACADEMIA CALASANCIA, consecuente con su conducta,

aplaude con entusiasmo y se adhiere al siguiente artículo que don Dalmacio Iglesias publicó ha poco en *El Correo Catalán*:

«¡JUSTICIA! ¡JUSTICIA!

El órgano de todas las inmundicias sociales; el que excitó y excita de continuo á la rebelión, al asesinato y al incendio, sin que las denominadas autoridades le hayan puesto la mordaza que con menós motivo se pone á los perros atacados de la rabia; aquel periódico infame que para escarnio del Progreso lleva esta palabra por título, donde todos los malvados de alma encanallada muestran pública y cínicamente la gangrena moral y á veces material que los corroe, ha llegado con sus procacidades á donde no se puede llegar sin que protesten los más rudimentarios principios de moralidad y de justicia, á donde no pueden consentir que se llegue sin castigo las leyes de cualquiera país civilizado, á donde no pueden *tolerar* que se llegue, sin intervenir con toda energía, cualesquiera autoridades que quieran merecer tal nombre y tengan un resto de dignidad y de vergüenza.

En el número 1,260 de *El Progreso*, correspondiente al día 22 de los corrientes, y bajo el epígrafe «Al margen del Cristianismo», se publican contra éste y su Divino Fundador una serie de insultos tan villanos y procaces, que la lengua que los profiere y la mano que maneja la pluma que los escribe, deben ser eliminadas de todos los pueblos cultos, de todos los países á los cuales haya llegado un destello de civilización, por insignificante que éste sea. Ni aun los salvajes, únicos que forman los pueblos no cristianos, se atrevieran á tanto como se atreve aquel cuyo nombre debe quedar en los corazones de todos los que se llamen hombres como espantoso recuerdo de la suprema de las degradaciones morales.

Perdónennos nuestros lectores por trasladar á estas columnas la prueba de tales afirmaciones: ello es preciso para que surja la más grande de las protestas que pueden salir de nuestros espíritus y nuestros labios, para que las autoridades no puedan alegar una ignorancia que así será de todo punto inexcusable, para que se cumplan las leyes que velan en todo pueblo porque no se deshonne al cuerpo social hiriéndole en lo más hondo de su vida, para que el pueblo haga justicia, si los llamados á hacerla no la hicieron en este caso, verdaderamente imperdonable por los que tienen el deber de esgrimir la espada de la ley en defensa, al menos, de los más grandes principios en que se fundamenta la vida de las naciones. La audacia, no sectaria, sino descaradamente luciferina, llega en el artículo indicado á decir, entre otras barbaridades horribles, que Cristo Señor nuestro es «en conjunto y en detalle la figura más repugnante que mente humana pudo llegar á concebir; es un espectro que ofende al sentido de los hombres normalmente organizados», y que «los hombres verdaderamente libres han de accionar para que el advenimiento del *Anticristo* sea un hecho», afirmando de este maldito de todos los siglos que «es la salvación, el triunfo del hombre y de la vida».

Ante blasfemias semejantes, escarnio de todos los dogmas, in-

sultos á todos los seres que no son bestias y aun á las bestias mismas y á la creación entera, nosotros, hombres verdaderamente libres, confesamos hoy con el Apóstol de las gentes, y lo confesaremos toda la vida, aunque sea en los potros del martirio, que *nobis autem gloriari oportet in Cruce Domini nostri Jesu Christi: in quo est salus, vita et resurrectio nostra: per quem salvati et liberati sumus.*

Mas no basta con esto: tales escarnios constituyen una infracción insuperable del art. 11 de la Constitución del Estado y caen por completo en la sanción del número 3.º del art. 240 del Código penal; y su autor (que aun cuando imposible parezca lleva nombre de hombre y de cristiano) ha tenido la franqueza de poner al pie de tales inmundicias su nombre y su apellido: Francisco Tisans. Por si éste se ocultara, cosa frecuente en los delincuentes de esta clase, el Director del diario infame y los otros responsables subsidiarios son todos perfectamente conocidos.

El Representante del Ministerio Fiscal, D. Miguel M. Rives y Sabater, tiene la palabra.

Si contra quien de hecho ocupa la más alta magistratura del Estado se profiriesen insultos semejantes, seguros estamos de que no quedarían sin correctivo: ¿quedarán sin él los proferidos públicamente y en el grado señalado contra el que es Rey de Reyes y Señor de los que mandan?

YO ACUSO ante el poder judicial del Estado á Francisco Tisans y subsidiariamente al director, al editor y á los impresores de *El Progreso*, del delito de escarnio público á todos los dogmas de todas las religiones cristianas y en especial á los del Catolicismo, religión de 18.000.000 de españoles y religión oficial del Estado, con la circunstancia agravante de haberse cometido el delito por medio de la imprenta.

YO ACUSO y pido justicia, no sólo en nombre de la Religión cristiana, sino también en nombre de la conciencia social, de la dignidad humana, de la pública moralidad y de veinte siglos de civilización y de progreso verdadero.

YO ACUSO y pido justicia en nombre de Cataluña y Barcelona, en nombre de toda la historia y de toda la vida de la Patria, en nombre de los derechos imprescriptibles y sagrados de las sociedades y los hombres. ¡Justicia! ¡justicia!

En otros tiempos, aquellos tiempos en los que España marchaba á la cabeza de todos los pueblos de la tierra en las esferas todas de la vida, escarnios semejantes traerían aparejada consigo la única pena correspondiente á lo monstruoso del ataque.

Si esta mi acusación llegara á perderse en el vacío; si, como es posible de hecho, aunque imposible de derecho, se dejara á la conciencia humana, al mundo civilizado, á España, á Cataluña y Barcelona sin la satisfacción que se les debe, habría llegado el momento de recordar que somos hombres y que por encima de las injusticias y apostasías de los poderes oficiales está la justicia social, anterior

y superior á la justicia del Estado; que las afrentas de ese género denigran á la colectividad que las tolera, ya que el dejarlas sin la respuesta merecida sería signo de muerte moral y de retrogradación á la barbarie, y que en ciertos estados de la vida de los individuos y los pueblos se imponen las ejemplaridades como una necesidad ineludible, so pena de descender por debajo de los animales más inmundos, renegando, al mismo tiempo que de Dios, de los más elementales principios de dignidad y de justicia.

DALMACIO IGLESIAS GARCÍA.

Jueves Santo de 1910.

Si desoyendo las peticiones de este artículo, se relega el cumplimiento de las leyes á un olvido escandaloso en su aplicación, concediéndose un privilegio criminal á favor de ciertas gentes, nosotros los católicos, sintiéndonos ciudadanos conocedores de las leyes, hemos de suplir la tutela y garantía de la paz social, que podemos exigir y exigimos del que en su caso no la preste, debiendo hacerlo. Nuestra pasividad sería una complicidad criminal; sobre nosotros caería la tremenda responsabilidad de no habernos opuesto al destierro de la Iglesia.

Hombres de convicción, católicos barceloneses, recordad lo sucedido; tened presente que á los hechos radicales han precedido las palabras. Tened en cuenta que la propaganda antirreligiosa embrutece á los ignorantes, y preveníos contra todo, ejerciendo una acción ennoblecedora de cultura y de caridad.

JORGE OLIVAR DAYDÍ
Vicepresidente de la Academia

EL ANILLO DEL NIBELUNGO

III

Descansa el ánimo al verse de nuevo en la región de la luz, en la calma y tranquilidad de las altas montañas, después de haber visto los negros abismos de Nibelheim.

Loge muestra á Alberich el mundo que él, ambicioso, quería dominar, y Wotan le dice que si quiere ser libre pague su rescate; accede el gnomo, y, pronunciando un poderoso mandato, hace que todos los nibelungos salgan de las entrañas de la tierra en espantosa legión y pongan ante Wotan sus tesoros. Pide el enano su casco, pero este lo añade al precio del rescate. «En tu dedo brilla un anillo—dice Wotan—échalo al montón», y á pesar de la resistencia desesperada del enano, con fuerza sobrehumana le arrebató el anillo del dedo poniéndoselo en el suyo. «Vete, ya eres libre», le dice irónicamente.

Estamos en el momento culminante del drama y de toda la tetralogía. Wotan, cometiendo un crimen, faltando á las sagradas leyes

por mantener su poder y conquistar á Freia, aparece con sombríos colores.

El Nibelungo, jadeante, llegado al paroxismo de su rabia, mira con horrible sarcasmo á los dioses, sus palabras se escapan silbantes entre sus labios, y con trágica expresión escupe á los dioses el horrible saludo á la libertad: «Por maldición obtuve este anillo, maldito sea ahora. Díome su oro riquezas y poder ilimitado, dé ahora su magia la muerte á quien lo lleve; nunca acompañe la alegría á su poseedor...» ¡Así bendice en el momento supremo el Nibelungo su tesoro!

Este momento es decisivo en la marcha de la acción dramática; la maldición que consigo lleva el anillo se extenderá por toda la tragedia, hasta que, devuelto á las hijas del Rhin, sea otra vez el oro inocente de antes.

El Nibelungo desaparece por una hendidura del suelo y Wotan contempla satisfecho el anillo en su mano (1).

La niebla se hace cada vez más clara; el ánimo reposa un momento, como si saliera de una pesadilla; los dioses acuden, y también Fasolt y Fafner, con su preciosa rehén. Todo parece renacer á la luz, recobran los divinos personajes su natural aspecto, y tan sólo en el fondo permanece la neblina ocultando el Walhalla.

«Echad tal cantidad de oro que oculte á Freia, sólo así podré olvidarla», dice Fasolt, y, plantando en tierra sus estacas, van amontonando entre ellas oro, armaduras y joyas de todas clases en deslumbradora confusión. El áureo montón va tapando á Freia, colocada detrás y entre las mazas de los gigantes.

«Aun veo sus rubios cabellos», dice Fasolt, mirando á Freia por entre las joyas, y el casco mágico es arrojado al tesoro.

«Veo brillar su refulgente mirada á través de una rendija—insiste el gigante—mientras contemple esos ojos divinos, no puedo separarme de Freia».

No queda más oro ya del que fué tesoro de los Nibelungos, todo está entre las mazas de los gigantes, cubriendo á la diosa; pero allá, en el dedo de Wotan, brilla un anillo, los gigantes lo ven y lo exigen. El dios se niega á entregar el anillo, los gigantes van á llevarse á Freia, alármanse los dioses, y, en esta confusión, un resplandor azulado sale de una caverna próxima y en ella aparece la figura de una noble y hermosa mujer, majestuosa y serena como el saber eterno. Es Erda, la madre primitiva de los seres, la que sabe lo pasado y lo porvenir (2).

(1) La maldición de Alberich no era necesaria ya, el anillo *per se* lleva ya la maldición; el cúmulo de desgracias que ocasiona hubiera acaecido indudablemente, aunque el nibelungo, en su supremo desespero, no la hubiese proferido: es mayor la maldición que en sí lleva el anillo que la que le presta el odio del enano. Cabe aquí hacer una comparación entre esta maldición y el *filtro de amor* de *Tristán é Isolda*, y la *lanza de Parsival*; el filtro no era necesario para desarrollar la pasión amorosa de los dos amantes; y lo que impide oficiar á Amfortas no es el dolor de la herida sino el sentimiento de su propia culpa.

(2) Erda (la Tierra) es diosa del tiempo y del destino. Sabe cuanto existe y existirá en el mundo, «su sueño es visión, su visión es pensamiento y su pensamiento la sabiduría eterna». Sus hijas son las tres Nornas (las parcas de la Mitología escandinava) el pasado, el presente y el porvenir, que hilan el hilo de la vida representado en dichos tres aspectos. Wotan, al beber en la fuente de la Sabiduría, dejando su ojo en pago (símbolo de lo que cuesta penetrar los secretos del mundo) adquirió la sabiduría del presente, pero no la del porvenir.

Se la ve tan sólo hasta medio cuerpo, el cual ciñe su negra cabellera y blanca escarcha la cubre, formando como un nimbo luminoso que refleja extraña claridad.

Con voz de oráculo predice Erda á Wotan las desgracias que esperan á los dioses: *Cuanto es, tiene su fin. Un día triste amanecerá para los dioses*—y termina:—*Vela, piensa y teme*

Erda se hunde lentamente en el suelo y Wotan queda pensativo. Esta aparición es de un efecto terrible. Las sobrias líneas de la tragedia griega resaltan aquí fuertemente acusadas, y durante este momento siente pasar el espectador por la escena el poderoso aliento de Esquilo. Pero el «sagrado terror» del antiguo drama adquiere en la obra wagneriana mayor fuerza de intensidad, gracias á la magia de una música incomparable.

Wotan se decide, arroja el anillo al montón y rescata á la diosa.

Este movimiento de Wotan, dando el oro por la juventud, el amor, ¿puede anular la maldición que en sí lleva el anillo? (1) No, pues Wotan cede ante la predicción de Erda, no libremente; la posesión de Freia era necesaria á los dioses, pues les aseguraba juventud eterna, y además, en la mente del dios, concordando con su gran pensamiento, con su gran idea, nace la de rescatarlo más tarde; en su orgullo, á pesar de entender el alcance de sus propias faltas, decide crear un héroe, un hombre libre que rescate el anillo para los dioses.

Los gigantes entretanto ávidamente recogen su tesoro. Fafner intenta acaparar para sí mayor parte, pues Fasolt «cedía á los encantos de la diosa». Armase una disputa que se aumenta al tratarse de la adjudicación del anillo, y al arrebatarlo Fasolt, Fafner, con su poderosa maza, golpea á su hermano y lo extiende cadáver á la vista de los dioses. Fafner *renunciando al amor* comete este crimen por la posesión del oro; el conflicto aparece ya en pleno, el gigante recoge su tesoro y cargado con él desciende la montaña, llevando el anillo y su maldición á la tierra.

Los dioses permanecen sorprendidos (2).

Wotan ordena á Donner que agrupe las nubes y haga caer benéfica lluvia, y obedeciendo á su orden, arremolinanse las nubes que cubrían el Walhalla, brota el rayo de la maza de Donner, resuena horrisono el trueno, y como apoteosis al triunfo de los dioses, aparece esplendoroso Arco Iris que les sirve de puente para penetrar en la divina mansión.

Allá abajo, en el Rhin, las ninfas claman por su oro. «¡Ilumíneos desde ahora el resplandor de los dioses!» dice Loge y penetra en el castillo siguiendo á los demás dioses.

Sólo en el abismo hay fe y grandeza. Vano y falso es todo cuanto reina allá arriba—dicen las ninfas—y cae el telón cuando todos los dioses han penetrado en el Walhalla.

Así termina el prólogo de la tetralogía: queda planteado el terri-

(1) Trátase de la maldición intrínseca del anillo; no la que lleva por el odio del nibelungo.

(2) No hay que olvidar que la maldición del anillo y su mágico poder es conocido solamente por Alberich, Loge y Wotan; Loge desaparece convertido en fuego, sólo quedan en el resto del drama, pues, Alberich y Wotan que sepan el alcance del poder de la maldición.

ble problema, la lucha entre el Egoísmo y el Amor, que terminará por el triunfo de este último y la catástrofe final del mundo de los dioses.

* * *

Este artículo fué escrito mucho antes de haberse estrenado en nuestro Gran Teatro el *Oro del Rhin*: ahora, una vez estrenado éste, tengo como un deber el hablar de la interpretación que le ha cabido.

Se ha abusado mucho del célebre adagio de que «de lo sublime á lo ridículo sólo hay un paso»; pues este adagio encuentra en este caso felicísima aplicación. La *caricatura* del Oro del Rhin que nos han servido en el Gran Teatro del Liceo, es lo más adecuado para dar una falsísima idea de lo que Wagner pensó y escribió.

Menos mal que la orquesta, admirablemente dirigida por el maestro Beidler, se porta admirablemente. Wotan es de todos los personajes el más discreto. Loge equivocadísimo; el señor Vaccari *crea* un personaje que nada tiene que ver con el astuto dios. Fricka, muy ignorante de su papel; y los gigantes, desgraciadísimos; de los dos, obligados á escoger, nos quedaríamos con el señor Fafner, que, con menos voz que su compañero, es algo más artista que él.

El río Rhin no es tal río, sino un infecto estanque; en Bayreuth y Munich, donde he tenido ocasión de ver la tetralogía, el río corre impetuosamente durante toda la escena, dando al espectador la ilusión de la corriente. Del tesoro no hablemos, é incluyendo en la censura á los señores Frots, Donner y Alberich, haremos, sin embargo, una excepción de Mime, señor Spadoni, que en el Siegfried se nos ha revelado como un buen artista.

En el próximo número hablaremos del resto de la tetralogía, que, gracias á Dios, no se presenta tan desgraciada como el Oro del Rhin.

ALFONSO GALLARDO

Académico de Numero

LA TRAGICOMEDIA DE CALISTO Y MELIBEA

En el último año del siglo XV salió de las prensas de Burgos la obra más grande de la literatura española medioeval, que debía abrir con llave de oro la áurea edad de nuestras letras.

La castellana ciudad de Tormes aun recuerda hoy la leyenda ó historia de aquella «vieja barbuda que se dize Celestina, hechizera, astuta, sagaz en cuantas maldades ay», mujer de «seys officios: la-brandera, perfumera, maestra de hazer afeytes... é un poquito hechizera», y los que no copio, *pudoris gratia*, el nombre de la cual ha quedado en nuestra lengua como sinónimo de otro esencialmente castizo, pero que el uso ha desterrado porque sonaba mal á nuestros oídos, no más castos, pero tal vez más hipócritas que los de las pasadas edades; nombre que viro á sustituir al expresivo de la cínica é impúdica *Trotaconventos* del *Libro de buen amor* del Arcipreste de

Hita, progenitora inmediata de la protagonista de la famosa concepción de Fernando de Rojas.

Pero ¿caso es *La Celestina* ó *Tragicomedia de Calisto y Melibea* feliz parto del ingenio del conocido bachiller de Montalván? Cuestión es esta cuyo estudio exigiría un libro, que no un artículo de revista, escrito por ser propia y oportuna la ocasión. Foulché-Delbosch, el ilustre hispanista de París, se ha opuesto á la casi unánime opinión de los críticos, negando á Rojas la paternidad de la obra; pero el maestro Menéndez y Pelayo en la introducción de la más moderna y más acabada edición de *La Celestina*, hecha en Vigo por el alemán Krapf (1900), ha confirmado la creencia de que fué Rojas el afortunado prosista, que sólo cede, como tal, á Cervantes. Que es de Rojas la obra lo declaran unos versos acrósticos puestos al frente del libro, el cual está encabezado con un prólogo del autor y una carta á un amigo suyo, cuyo nombre no se expresa. El bachiller quiere hacernos creer en estos documentos, que el primer acto era atribuido por unos á Juan de Mena y por otros á Rodrigo Cota y que él lo había continuado, añadiendo los restantes, en quince días de holganza en el ejercicio de su profesión; burdas invenciones escritas, tal vez, para librarse de las iras de los moralistas, pues era humanamente imposible, so pena de ser un prodigio, que Rojas pudiese escribir y limar los diez y seis primeros actos de que constaba la primera redacción de la obra, ni podía el cordobés autor de las *Trescientas*, gran poeta, pero de pedantesca y mala prosa, haber producido la incomparable del primer acto de *La Celestina*, que no guarda tampoco relación alguna con el estilo del *Diálogo entre el amor y el viejo* de R. Cota.

Por el contrario, el primer acto y los restantes de la obra se relacionan entre sí tan íntimamente, es tan igual el lenguaje y tan idéntico el estilo, que forman todos ellos una sola pieza, ingenioso producto de un autor solo y único, que concibió el plan leyendo la comedia latina *Pamphilus de Amore*, imitación de Ovidio, y le dió forma sabiéndose de memoria los sabrosos donaires del *Corbacho* del Arcipreste de Talavera.

La Celestina tuvo el don de la oportunidad y logró de la fama que la inmortalizase. No hay que dar mucha fe á la declaración de Rojas de que la escribió para aviso de mancebos y doncellas, ni para dar á unos y otras defensivas armas con que resistir los fuegos del amor, ya que *La Celestina* «con sus fontecicas de filosofía..., avisos y consejos contra lisonjeros y malos sirvientes y falsas mujeres hechiceras», fué el digno coronamiento de aquella literatura, que al estilo de Boccaccio, se entretenía en disertar sobre las excelencias ó defectos de las mujeres, saliendo en defensa de ellas con don Alvaro de Luna y Rodríguez del Padrón, ó presentándose maldiciente con Martínez de Toledo. El *Quijote* fué el último de los libros de caballería, acabando con aquella literatura, de la que Feliciano de Silva había puesto fábrica, y *La Celestina* fué el último de los libros de su género, el mejor y el más excelso.

El argumento del mismo nos lo declara su autor: «Calisto fué de noble linaje, de claro ingenio, de gentil disposición, de linda crianza, dotado de muchas gracias, de estado mediano. Fué preso en el amor de Melibea, mujer moza, muy generosa, de alta y serenísima sangre, sublimada en próspero estado, vna sola heredera á su padre Pleberio, y de su madre Alisa, muy amada. Por solicitud del pungido Calisto, vencido el casto propósito della (entreueniendo Celestina, mala y astuta mujer, con dos seruienes del vencido Calisto engañados e por esta tornados desleales, presa su fidelidad con anzuelo de codicia y de deleyte) vinieron los amantes e los que les ministraron, en amargo y desastrado fin. Para comienzo de lo qual dispuso el aduerso fortuna lugar oportuno donde á la pressencia de Calisto se presentó la desseada Melibea».

Este es, con perfecta concisión sintetizado, el asunto de este drama ó novela, cuya crítica moral y literaria condensó magistralmente Cervantes en los conocidos versos

Libro á mi entender divi-

Si encubriera más lo huma-

cuyo comentario omito dejando al lector el placer de hacerlo.

Hoy vuelven á pisar nuestra escena, gracias á una hábil adaptación de Villegas, aquellas acabadísimas figuras de la obra, de todas clases y condiciones, que hacen sea un retazo de la vida humana, admirablemente trazadas, con caracteres precisos, creados con una potencia dramática sólo comparable á la de Shakespeare, escritas, dice Menéndez y Pelayo, con aquella prosa de oro que hasta las escenas de lupanar resultan tolerables, y de tal suerte presentadas que «el arte de la ejecución vela la impureza ó más bien impide fijarse en ella».

La obra de Rojas, aunque dramática, pues tiene, como dice Moratín, acción y nudo y desenlace, y está escrita en forma dialogada, no fué jamás, ni pudo serlo, hasta nuestros días representada; pero su influencia fué grande en nuestro naciente teatro y su descendencia fecunda en imitaciones, ediciones y traducciones.

COSME PARPAL Y MARQUÉS

Presidente de la Academia

¡MUCHAS GRACIAS, D. ANTONIO!

—Papá, cuando V. guste; la comida está en la mesa.

—Voy en seguida. ¿Ya habéis llegado? Me parece que ya era hora. Hace cuarto y medio que he llegado de la oficina. Después todo son prisas. Anda. Di que ya voy..... ¡Qué van á pensarse mi mujer y mis hijas la sorpresa que les voy á dar! Esta noche vamos al Liceo. ¡Oh! ¡Qué ilusión! ¡Cuántos años hace que no he estado! Y ahora que lo han reformado y decorado de nuevo, que hacen todo esto de *Wañer*. Hoy que canta Tula Farri, que es una gran tiple. ¡Oh! ¡Oh! ¡Cómo me voy á acordar de mi juventud, de cuando con

mis compañeros íbamos al quinto piso!..... ¡Qué ilusión les hará! Porque la verdad; nosotros no vamos nunca. Mi sueldo no llega á tanto..... porque también es verdad que somos nueve en casa, y nueve butacas..... son muchas. Pero hoy, gracias á que un hermano y un cuñado de mi jefe no van por.....

—Papá, que el cocido se enfría.

—Tienes razón..... voy contigo.

Os voy á dar una gran noticia: á ver si acertáis.

—Ya sé. Que se ha casado Pepita, la de Robadillo.

—No. ...

—Que ha llegado Felipe.

—Nada. No os quiero hacer bobear más. Esta noche vamos al Liceo.

—Pero ¿qué dices? ¿Es de veras, papá?

—Claro que sí. Vuestro padre no os engaña nunca.

—¡Qué bien y qué bien! ¡Qué envidia tendrá de nosotras la de Besugo!

—Sí; ¿y las de Ruifelípez, que se dan el gran tono, porque cuando estuvo su tío de América les llevó dos noches á la Pino?

—Pues, sí; vamos. Y hoy que hacen el «*Loro del Reno*» en el que canta la notable Tula-Farri.

—¿Y cómo ha sido tu esplendidez?

—No; si la esplendidez no ha sido mía. Ha sido de D. Antonio. Como sabes, se le ha muerto una tía y claro está; ni su hermano ni su cuñado, que están abonados, pueden ir por el luto. Y como saben mi afición por la música ó por lo que sea..... pues la cuestión es que tenemos nueve butacas para esta noche. Mira: aquí llevo el abono Las del hermano; Fila 14: 2, 3, 4, 5, 6 y las del cuñado 7,.... hasta la 10. Ya ves.

—Pero ¿vamos de gorra?

—Pues ¿qué? ¿Te crees tú que el sueldo de tu esposo le permite otro lujo?

—¡Será muy visto!

—¡Quíá mujer! Y al que no le guste, que lo deje. Yo aprovecho todas las ocasiones..... ¡Ah! si es que no os ha de gustar, devolviéndolas está todo arreglado.

—¡¡Nooo!!

—Ya lo decís vosotras. ¿Y qué traje pensáis poneros, si no tenéis trajes de sociedad? Vamos á ver.

—Tiene razón... Pero..... Ya lo arreglaremos, mamá. Mire: Julita puede ponerse aquel rosa de hace cuatro años. Arreglándole un poco las mangas y poniéndole un chu de glacé en el cuello... Josefina el verde del año pasado. A éste poco habrá que hacerle. Alargarle un poco las faldas y..... y nada más. Lolita con el mío de antes del luto de la abuela estará casi perfectamente..... Enriqueta el de.....

—Bueno, bueno: de nosotras ya poco me preocupo. Entre unas y otras todo se arreglará; pero ¿y vuestro padre? ¿Qué se pone?

—También es verdad. ¡Qué se pone!

—¿Qué? Pues la americana.

—¡¡¡Americana!!! Pero ¿qué dices Nicomedes? No seas cursi. Yendo á nuestro lado tendrás que ir á lo menos de levita.

—Pues no podemos ir. Porque ya sabes que la tengo en estado arqueológico.

—Sea como sea te la tendrás que poner.

—¿Y si se pusiera el chaqué con el chaleco de peluche rojo?

—Pero, niña, que no se trata del carnaval. Entonces para el asalto de D. Luis estuve perfectamente, porque llegué á última hora.... Bien: sea; pero cenaremos á las ocho.

—Pero, papá. ¿Para ir al Liceo tenemos que cenar tan temprano?

—¡Sí, sí y sí! ¿Cuántas veces hay que decir las cosas? ¿No lo habéis entendido la primera vez? Pues basta. Quiero ver la obra completa. No me gustan las cosas á medias. ¿Estamos?

—Pero, Nicomedes, no seas así. ¿No ves que las personas elegantes llegan al teatro á lo más á medio primer acto? Esto de llegar antes, sólo lo hacen los cursis; los que van de gorra.

—Sea como sea. Seremos cursis, seremos gorristas (que ya lo somos) seremos lo que queráis; pero yo quiero ver empezar la función. Yo voy por la obra. Vosotras vais por la gente, por lucir; y como yo soy el pagano, ni tú, ni vosotras tenéis derecho á replicar..

—Pero

—¡¡¡Basta ya!!! Cuando estéis casadas (que Dios haga que sea pronto) si vuestros maridos os lo consienten, podréis ir al teatro á la hora que os dé la gana; pero mientras no sea así, tenéis que ir á mi hora ó quedaros en casa. No quiero exponerme á entrar en la platea en un máximo de silencio, precedido por mis siete hijas y tú, acompañando los acordes de la orquesta los sonos melancólicos de mis botas, que desde que las compré, parece que llevan un acordeón bajo la suela. Nueve en fila y el acomodador diez. ¡Dios me libre! nos tomarían por una *troupe* de circo.

Nada, nada. A las ocho cenamos y á las ocho y media cogemos «La Catalana», que nos dejará al pie del teatro.

—Pero ¿tú quieres ir al Liceo en tranvía y con el tiempo que hace? Si no ha parado de llover toda esta mañana. ¿Qué dirá la *crème* de nosotras?

—¡Nada! Se acabó. No quiero más réplicas. Iremos en tranvía y que la *crème* diga lo que le dé la gana. Di que me traigan el café, que tengo tarde.

—Micaela, el café para el señorito.

Enriqueta. Te subes al armario y bajas los trajes..... Tú, Lolita, cuídate de la ropa de tu padre ¡Jesús! ¡Cuánto tenemos que hacer.....!

—¡Adiós! Me voy á la oficina.

.....

*
*
*

—Las ocho. Hora de cenar. ¡Bah! mientras aguardo que me llamen me limpiaré las botas..... Con este día tan infernal se han puesto unas calles que no se puede salir sin llenarse de barro hasta el cuello. Mal día nos ha tocado. Por esto me lo han cedido á mí. Habrán visto que el mal tiempo duraría todo el día y se habrán dicho: «Hoy vamos á contentar al bueno de D. Nicomedes». ¡Pacien-
cial!..... ¡Maldito tiempo perdido en limpiarme los zapatos! Cuando llegue al teatro ya no se conocerá..... ¿Dónde tendré la chistera?... Válgame la paciencia de un Santo..... Pepita..... Lolita..... Trini...
¿Dónde tengo el sombrero? Nada; como si lo dijera á la pared. Nadie es más sordo que mis hijas cuando se componen..... ¡Dichoso coloretel!..... Rrrrinc.....

—Mande, señorito.....

¿Dónde tengo la chistera?

—La he llevado á planchar y no la han devuelto todavía.

—¡Superior! Anda; trae la cena. Sólo se le ocurre á mi mujer en un día como hoy hacerme planchar la chistera. Yo no sé lo que habrá planchado el sombrerero..... Si casi no tiene pelo..... Aquí tengo el chaleco á punto... Lo único que me han preparado. ¡Pobre chaleco! ¡Cuántas campañas llevas encima! ¿Dónde estará el cepillo ahora?... Se lo habrán llevado ellas lo mismo que el espejo. Ya lo comprendo. En días así nos falta *material*.

Vamos por el chaqué. ¿Dónde lo habrán metido? Nada, nada: no hay remedio:..... Cuando mi familia me coge alguna prenda ya estoy listo.... Rosalía..... Pepita.... ¡quíá! ni por esas; no hay como tener siete hijas para estar bien servido. ¡Bah! Aguardaré que estén listas ellas para empezar yo. ¡Micaela, la cena!

*
*
*

—Bueno; ya hemos cenado ó á lo menos hemos hecho un simulacro. La sopa estaba ahumada, el bacalao con una salsa cargada de ajo que no se podía comer; de modo que casi no hemos cenado. ¡Excelente! A ver si conseguís que alguien os regale bombones; que allí se estila mucho. A lo menos cenaremos dulce. Venga el chaqué..... Pero... ¿A qué huele?

—Será á bencina, papá; porque se lo hemos limpiado y como no ha hecho sol...

—Pero, ¿es que os habéis levantado al revés? ¿Sentís por ventura el día?... Vamos, vamos al teatro, porque acabaríamos mal.

—¿Sin sombrero?

—Tienes razón. ¿No lo han traído aún?... ¿No?... Lo que es mañana doy las gracias á D. Antonio por la invitación .. pero que no lo haga más. Vamos, me pondré el hongo, aunque sea de color.....

—¡Qué hombre!

—Señorita. El sombrero.

—¡Gracias á Dios! Vamos, antes no nos pase otra cosa.

—¿Ya tienes el abono?

—Sí, mujer. Vamos.

* * *

—¡Cómo llueve! Ahora no viene tranvía. Todo marcha de primera.... Ahora viene uno.... Pst... pst... conductor, pare.... Estos señores siempre hacen lo mismo. Siempre se paran donde hay más barro. ¡Cómo me pondré las botas!.... Aprisa, subid; que os estáis mojando.

¡Señor de Pedraza! Vd. por aquí, qué casualidad. ¿Cómo están ustedes?

—Bien, bien..... ¿Irán Vds. al teatro?

—No. Vamos al Liceo. ¡Nada! Mi marido se ha empeñado en invitarnos á oír esta tiple nueva que creo que es una gran tiple.

—¡Ah! Sí, señora, sí, lo es.

—Sí, sí, me he dicho: vamos al Liceo, daremos este gusto á la familia y... allí vamos.

—(¡Cuando lo sepan sus hijas.....!)

—(¡Qué envidia nos tendrán!)

—Qué pocos coches hay papá.

—¡Ah! si ya hemos llegado. Conductor. Que V. lo pase bien, señor de Pedraza.

—Recuerdos á Isabelita y á Rosarito.

—Gracias, que les pruebe....

—Mecachis con el automóvil ese; me ha llenado de barro hasta la cara.

¡Adiós!... No faltaba más que esto para terminar bien el día. Nos hemos lucido. Chica, lee este aviso.

AVISO

Suspendida la función de esta noche, por repentina indisposición de la primera tiple

Tula Farri.

La Empresa.

i. !

M. COMAS Y ESQUERRA

Académico de Número